

Arte y Ética

Joaquín r del Paso

¿Arte degenerado?

Quisiera iniciar mi participación en esta mesa redonda, remontándonos un poco en la historia y recordando algunos pasajes sino muy recientes, al menos pertinentes a la discusión que nos reúne hoy día.

Alemania 1937. Goebbels, el todopoderoso Ministro de Propaganda nazi inicia un plan para ubicar, confiscar y destruir toda aquella manifestación artística que no se aviene con sus retrógradas, miopes y reaccionarias ideas de lo que el arte, en especial las artes visuales, deberían ser. No en balde es suya aquella frase que dice: *”Cuando escucho la palabra cultura, saco el revólver”*

En una bodega especialmente designada para tal fin, fueron ubicadas las más de 16000 obras que se confiscaron. Ni que decir que Hitler aprobó casi instantáneamente lo hecho por Goebbels e inclusive coincidió con aquel en que no se irían a pagar indemnizaciones o compensaciones a los dueños de aquellas obras.

Ambos actuaron guiados por su percepción de lo que era “sano” y de lo que era “enfermo” o “degenerado” en la escena artística alemana de aquella época. Es decir, su punto de vista moral o ético, les hizo llegar a la conclusión de que aquellas “nuevas” pinturas y esculturas eran el producto de mentes degeneradas y enfermas. La conclusión lógica a la que llegaron determinó que la confiscación y la destrucción de aquellas obras era no solo justa sino necesaria para mantener “sana” a la nación.

Francia 1865: Manet sufría el rechazo de su obra *Olympia*, a manos de una sociedad hiper hipócrita, que vio en su pintura todo un atentado contra las buenas costumbres morales de la época. **Francia**

1890: Van Gogh muere como un artista fracasado, ignorado por el gran público. Su manera brutal y directa de aplicar el color por medio de pinceladas agrestes le ganaron una reputación de loco -o degenerado- que solo el tiempo ha sido capaz de corregir.

Cincinnati 1990: Dennis Barrie, director del Cincinnati Art Center es acusado con cargos de pornografía infantil y obscenidad después de que montara la muestra de Robert Mapplethorpe *The perfect Moment*. En una acción muy similar a la de Goebbels en su época, el sheriff del condado Simon Leis

ordena a la policía que descuelgue la muestra de Maplethorpe y Dennis Barrie enfrenta un juicio costosísimo por defender su posición y la muestra. Otros artistas de la fotografía como Sally Mann, Diane Arbus, Helmut Newton o Jock Sturges han sufrido lo propio cuando han tenido que enfrentar airadas críticas en su contra de parte de ciudadanos que encuentran sus obras ofensivas. En el caso de Jock Sturges por ejemplo, el FBI allanó su estudio en 1990 confiscando sus negativos y su equipo fotográfico. Luego lo acusaron formalmente de pornógrafo infantil. El caso fue desestimado por un Gran Jurado que lo deshechó sin elevarlo a juicio. En nuestro país, las fotografías de Jaime Tischler, de un manifiesto contenido homoerótico, fueron vandalizadas por estudiantes del Instituto Tecnológico de Costa Rica, quienes actuaron así por considerarlas ofensivas e “inmorales”.

Estos ejemplos nos demuestran que muchas manifestaciones artísticas se vieron enfrentadas en su día con el rechazo del público y la censura de las instituciones encargadas de definir lo que es “decente” y lo que no lo es.

Como toda práctica social, el arte se inscribe dentro de una serie de reglas que marcan y pautan su desarrollo, su desenvolvimiento. Estas “reglas” o parámetros están en constante cambio. Lo que era transgresor para una generación se vuelve inocuo y hasta académico para la siguiente. De ahí que la tradición moderna ha sentado como uno de sus leyes no escritas, una constante escalada en el tono provocador o escandalizador de la práctica artística. Esto se ha venido aceptando, al menos para los participantes más cercanos y fervientes del arte contemporáneo como un estado de las cosas normal y hasta saludable. Pero es posible que para el público en general, esta práctica no solo sea desconocida, sino inclusive reprensible por absurda y provocadora.

La idea básica detrás de esta práctica se basa estratégicamente en un constante asalto a las costumbres o mores del momento. Dicho más claramente: se trata de desestimar o poner en entredicho valores “morales” que en un determinado periodo histórico se tienen por inamovibles. La táctica consistiría en empujar los límites de lo que se considera decente. No obstante, podría argumentarse que muchos artistas ni siquiera se plantean el asunto como una estrategia o una táctica a implementar: simplemente se expresan de acuerdo a lo que sienten y encuentran en el arte un territorio libre para dar rienda suelta a sus visiones, controversiales o no.

Así temas altamente cargados de tabúes y prohibiciones, como **la sexualidad** -en todas sus variantes no aprobadas por supuesto: desnudez pública, sexualidad infantil, homosexualidad, onanismo, voyeurismo

,incesto , pedofilia y hasta necrofilia por ejemplo, se convierten en los vehículos ideales para generar este tipo de circunstancia. Ultimamente, “retratar” la desgracia de un ser humano o de un grupo social, religioso o “étnico”, es otra práctica común : este año, en ARCO* , una galería ha exhibido una réplica tridimensional de la soldado **Lynndie England** torturando a un prisionero en la cárcel de **Abu Grahb**. De cierta manera, el público consume estas imágenes con más o menos asco cuando aparecen en los noticieros o en los diarios. Quizás creen todavía en la supuesta “esterilidad moral” de la información. Sin embargo, cuando las mismas imágenes se presentan con el color y la “contaminación emocional” del “arte” , sufren una mutación -un poco como el orinal de Duchamp: para orinar está bien pero como obra de arte no.Elevadas a ese nivel, provocan las más encontradas opiniones. En general, cualquier actividad humana que esté “prohibida” (pedofilia) o “mal vista”(desnudez infantil), se constituye en terreno fértil para explorar y generar una eventual controversia.

Personalmente, como participante activo y conocedor de estas estrategias y tácticas, no suelo ofenderme demasiado y mucho menos, oponerme a obras y artistas que se apoyan en esta ya larga tradición. Visto como eso, como tradición, la cosa no tendría mayor problema ni quizás estaría sujeta a tanto escrutinio. Es decir, para los involucrados en el mundo del arte, sabedores de sus reglas, estrategias y discursos, se trata más bien de un “juego” en el que sale ganador el / la artista que se atreva a ir más allá de lo “permitido”.

Pero los artistas, los críticos y los interesados son la minoría. La inmensa mayoría del público sigue considerando a la Mona Lisa y a la Venus de Milo como los epítomes del arte, y su importancia la miden por los records impuestos en las subastas de Sothebys o Christies.

La realidad es que al “gran público” le importa muy poco el mundo del arte en general, y el del arte contemporáneo en particular. Esta indiferencia es un factor que a mi parecer propulsa y anima más y más a los artistas a optar por lo controversial en su trabajo. La otra fuerza que impulsa esta actitud es más oscura y torva: me refiero al mercado.

No había querido utilizar la palabra, pero es un hecho bien conocido que el **escándalo** vende. Obras consideradas “escandalosas” de aquí o de allá generan una controversia que en no pocas ocasiones se torna pública, e inclusive llega a ocupar encabezados en diarios y telereportajes, o ya directamente,

genera millones de dólares en ganancias para los involucrados. Pienso en Saatchi y *Sensation* por ejemplo. Es decir, el mercado del arte está interesado y de hecho apoya, a veces hipócritamente es cierto, todo tipo de manifestación que pueda generar escándalo o controversia. Aquí la pregunta clave es: la obra de arte controversial y transgresora, es producto de un verdadero aliento provocador, una verdadera llamada de atención a una sociedad hipnotizada por el canto de Sirena del consumismo, ¿o en si misma es una respuesta obediente a este canto?

La historia apoya definitivamente a los artistas transgresores, escandalosos y provocadores. Sin embargo, día a día se hace más difícil para los artistas competir con la vulgaridad, el escándalo y la necesidad que imponen por doquier los medios televisivos con los publicitados “reality shows” o la misma internet con las *web cam* caseras. No deja nunca de asombrarme que el público no reaccione airadamente contra estos espacios anodinos y embrutecedores -todo lo contrario- y acepte como algo cotidiano, la estulticia y la degradación que se le ofrece como entretenimiento. Me asombra porque lo que acepta con tanta facilidad en el seno de su casa, luego lo rechaza con encono cuando se denomina “arte” y se exhibe en un Museo o en una Galería.

No creo que exista una respuesta fácil o una manera sencilla de juzgar todo el problema que plantea la creación de obras de arte que continuamente cuestionan y borran los límites de lo “permisible” social o moralmente. Tampoco creo que sea necesario juzgar de reaccionarios a aquellos entre el público en general que consideran ofensivo y rechacen cierto tipo de manifestaciones artísticas: tanto derecho a expresarse tiene un artista con su obra, como el público a hacer lo mismo rechazándola o aceptándola. Lo que quizás sí sea peligroso es la censura a ultranza, y más peligroso aún, la actitud maniquea de grupos sociales o políticos que se autodenominan como guardianes de la moral y las buenas costumbres. Lo cual nos lleva al principio de esta divagación: ¿esta nueva oleada de arte controversial, es “arte degenerado” y sus practicantes artistas degenerados que merecen el destierro y el olvido? Existen efectivamente límites morales que deberían imponérsele a los artistas, y si es así, ¿quién los debería imponer? El hecho de que estas obras existan y se exhiban aún cuando causen controversia, apunta a que de alguna manera la carrera contra la censura impuesta *a priori* se va ganando.

Quizás sea utópico y hasta indeseable que el público acepte en un 100% TODAS las propuestas artísticas que transgreden y ofenden pues paradójicamente, dejarían de serlo en ese instante. El derecho

a la disensión es parte integral y fundamental en toda sociedad. Tanto de parte de los creadores como del público a quién después de todo, está dedicado todo esto.

* citado por Jesús Galiana, Lápiz 212. abril 2005.

Art and Ethics

Joaquin R del Paso

Degenerate art?

I would like to begin my participation in this round table, going back a little in history and recalling some passages, if not very recent, at least pertinent to the discussion that brings us together today.

Germany 1937. Goebbels, the almighty Nazi Propaganda Minister initiates a plan to locate, confiscate and destroy all artistic manifestations that do not agree with his retrograde, myopic, and reactionary ideas of what art, especially the visual arts, should be. Not in vain is that phrase that says: "When I hear the word culture, I take out the revolver".

In a warehouse specially designated for this purpose, more than 16,000 works that were confiscated were located. Needless to say, Hitler almost instantly approved what Goebbels had done and even coincided with the one in which they would not pay indemnities or compensation to the owners of those works.

Both acted guided by their perception of what was "healthy" and what was "sick" or "degenerate" in the German art scene at the time. That is to say, their moral or ethical point of view made them conclude that those "new" paintings and sculptures were the product of degenerate and sick

minds. The logical conclusion they reached determined that the confiscation and destruction of those works were not only just but necessary to keep the nation "healthy."

France 1865: Manet suffered the rejection of his work *Olympia*, at the hands of a hyper hypocritical society, which saw in his painting an attack against the good moral customs of the time.

France 1890: Van Gogh dies as a failed artist, ignored by the general public. His brutal and direct way of applying color through wild brushstrokes earned him a reputation as a madman -or degenerate- that only time has been able to correct.

Cincinnati 1990: Dennis Barrie, director of the Cincinnati Art Center, is indicted on child pornography and obscenity charges after he staged Robert Mapplethorpe's *The Perfect Moment*. Simon Leis orders the police to take down the Mapplethorpe exhibit, and Dennis Barrie faces a costly lawsuit for defending his position and showing it. Other photography artists such as Sally Mann, Diane Arbus, Helmut Newton, and Jock Sturges have suffered the same when they have had to face angry criticism against them from citizens who find their works offensive. In the case of Jock Sturges for example, the FBI raided his studio in 1990 confiscating his negatives and photographic equipment. He was then formally charged as a child pornographer. The case was dismissed by a Grand Jury that dismissed it without taking it to trial. In our country, the photographs of Jaime Tischler, with manifest homoerotic content, were vandalized by students of the Technological Institute of Costa Rica, who acted in this way because they considered them offensive and "immoral".

These examples show us that many artistic manifestations were faced in their day with the rejection of the public and the censorship of the institutions in charge of defining what is "decent" and what is not.

Like any social practice, art is part of a series of rules that mark and guide its development, its development. These "rules" or parameters are constantly changing. What was transgressive for one generation becomes innocuous and even academic for the next. Hence, the modern tradition has established as one of its unwritten laws, a constant escalation in the provocative or scandalizing tone of artistic practice. This has come accepting, at least for the closest and most ardent participants of

contemporary art, as a normal and even healthy state of things. But it is possible that for the general public, this practice is not only unknown but even reprehensible for being absurd and provocative.

The basic idea behind this practice is strategically based on a constant assault on the customs or mores of the moment. Said more clearly: it is a question of rejecting or calling into question "moral" values that in a certain historical period are considered immovable. The tactic would be to push the limits of what is considered decent. However, it could be argued that many artists do not even consider the matter as a strategy or a tactic to implement: they simply express themselves according to what they feel and find in the world of art a free territory to give free rein to their visions, controversial or not.

Thus, topics highly charged with taboos and prohibitions, such as sexuality -in all its unapproved variants of course: public nudity, child sexuality, homosexuality, onanism, voyeurism, incest, pedophilia, and even necrophilia, for example- become the ideal vehicles for creating this type of circumstance. Lately, "portraying" the misfortune of a human being or a social, religious or "ethnic" group is another common practice: this year, at ARCO*, a gallery has exhibited a three-dimensional replica of the soldier Lynndie England torturing a prisoner in Abu Ghraib prison. In a certain way, the public consumes these images with more or less disgust when they appear on the news or in the newspapers. Perhaps they still believe in the supposed "moral sterility" of information. However, when the same images are presented with the color and "emotional contamination" of "art", they undergo a mutation - a bit like Duchamp's chamber pot: to urinate it is fine but as a work of art, it is not. Elevated to that level, cause the most conflicting opinions. In general, any human activity that is "forbidden" (pedophilia) or "badly seen" (child nudity), constitutes fertile ground to explore and generate an eventual controversy.

Personally, as an active participant and knowledgeable about these strategies and tactics, I don't usually take too much offense, much less oppose works and artists that rely on this already long-standing tradition. Seen as such, as a tradition, the thing would not have a major problem nor would it perhaps be subject to so much scrutiny. In other words, for those involved in the world of art, aware of its rules, strategies, and discourses, it is rather a "game" in which the artist who dares to go beyond what is "allowed" wins".

But the artists, the critics, and the interested parties are the minority. The vast majority of the public still considers the Mona Lisa and the Venus de Milo as the epitomes of art, and their importance is measured by the records set at Sotheby's or Christie's auctions.

The reality is that the "general public" cares very little about the world of art in general, and contemporary art in particular. This indifference is a factor that, in my opinion, propels and encourages more and more artists to opt for the controversial in their work. The other force that drives this attitude is darker and grimmer: I mean the market.

I hadn't meant to use the word, but it's a well-known fact that scandal sells. Works considered “scandalous” from here or there generate a controversy that often becomes public, and even makes headlines in newspapers and teleports, or directly, generate millions of dollars in profits for those involved. I think of Saatchi and Sensation for example. That is to say, the art market is interested and in fact supports, sometimes hypocritically it is true, all kinds of manifestations that could generate scandal or controversy. Here the key question is: the controversial and transgressive work of art is the product of a true provocative breath, a real wake-up call to a society hypnotized by the Siren song of consumerism, or is it in itself an obedient response to this? singing?

History supports transgressive, scandalous, and provocative artists. However, day by day it becomes more difficult for artists to compete with the vulgarity, the scandal, and the foolishness that the television media impose everywhere with the publicized "reality shows" or the Internet itself with home webcams. It never ceases to amaze me that the public does not react angrily against these bland and stultifying spaces -quite the contrary- and accepts as something every day, the stupidity and degradation that is offered as entertainment. It amazes me because what he accepts so easily in his home, he then bitterly rejects when it is called “art” and is exhibited in a museum or gallery.

I don't think there is an easy answer or a simple way to judge the whole problem of creating works of art that continually question and erase the limits of what is socially or morally “permissible”. Nor do I think it is necessary to judge as reactionaries those among the general public who consider offensive and reject certain types of artistic manifestations: an artist has as much right to express himself with his work, as the public to do the same by rejecting or accepting it. What is perhaps dangerous is the

extreme censorship, and even more dangerous, the Manichaeian attitude of social or political groups that call themselves guardians of morality and good customs.

Which brings us to the beginning of this digression: is this new wave of controversial art “degenerate art” and its practitioners degenerate artists who deserve banishment and oblivion? There are indeed moral limits that should be imposed on artists, and if so, who should impose them? The fact that these works exist and are exhibited even when they cause controversy, suggests that somehow the race against censorship imposed a priori is being won.

Perhaps it is utopian and even undesirable for the public to accept 100% of ALL the artistic proposals that transgress and offend because, paradoxically, they would cease to be so at that moment. The right to dissent is an integral and fundamental part of every society. Both on the part of the creators and the public, to whom, after all, all this is dedicated.

* Quoted by Jesús Galiana, Pencil 212. April 2005.